

Ricardo Dávila S.  
(Leo Par)

## “Portales”, por don Francisco A. Encina <sup>(1)</sup>

A don Carlos Orrego Barros, en  
testimonio de simpatía y muy sin-  
cera amistad.

### III



**E**STUDIADA ya en su parte histórica la respuesta del señor Encina, corresponde ahora estudiar su parte filosófica, sin duda la más considerable a su juicio, si hemos de atenernos al enorme desarrollo que hasta aquí le ha dado y que es de temer siga dándole. Porque al contacto de la filosofía el autor adquiere unos bríos incontrastables, mitológicos, y que nos hacen recordar al Anteo de la fábula, cuya pujanza se acrecentaba al tocar la tierra.

Antes de proceder a dicho examen, impónese una observación relativa al tono de dicha respuesta. Vibran en todas las lí-

---

(1) La contestación del señor Encina a mi crítica apareció en los números de «La Nación» correspondientes a noviembre 18 y 25 y diciembre 2 y 30 de 1934. Antes que ellos, y como anticipación de sus raras doctrinas, había publicado en «El Mercurio» de octubre 14, un discurso, estupendo en la forma y el fondo, acerca del «duelo entre la vida y la mente», pronunciado en un banquete que le ofreciera la «Sociedad de Escritores».

neas de esta nutrida exposición un acento de tal suficiencia, un tan supino desprecio y una tan honda compasión por la ignorancia de nosotros todos los chilenos, que se necesita, en verdad, más que heroica valentía para atreverse a levantar la voz ante el privilegiado ingenio a quien la intuición ha dado la clave precisa de cuantos problemas pueden preocupar a la mente humana. No digo diez, veinte pasajes dan testimonio de tal desprecio por la opinión ajena. Resulta, eso sí, tan dolorosa la comprobación de nuestra congénita insuficiencia metafísica, que prefiero omitir esas crueles citas. Pero queda en pie el hecho de que ellas existen, de que el autor se siente incomprendido en sus abstrusas lucubraciones e incapaz de elevarnos a las excelsas cumbres en que con aquilino vuelo planea su espíritu.

Muy humano encuentro yo que un hombre se envanezca de su vida estudiosa, y sinceramente aplaudo que exista en Chile alguien que tanto ha leído y meditado, que conoce a fondo los sistemas de filosofía y cuyo silencio es un crimen de lesa-América. Me enorgullesco de que haya aumentado esos sistemas siquiera en uno, éste, cuyas novedad y hondura pocos han osado medir en las numerosas columnas de prensa que lo proclaman ante el *profanum vulgo*. Pero comprendo, a la vez, que el señor Encina, especulativo eminente, se muestra en su contestación muy poco perspicaz y psicólogo al despreciar tan abiertamente a sus lectores. ¿Cómo no le advierten su experiencia de la vida, o siquiera su milagrosa intuición, que tales desprecios, menos que cualesquiera otros, se olvidan y perdonan? Y aun cuando en estas tierras del legendario Arauco sea planta escasa la filosofía, con todo, ¿no es posible que ande por ahí más de un aficionado a esos estudios, y que haya leído algo de lo muchísimo que nuestro autor ha hojeado y que sea capaz de formar cabal concepto—no digamos de Hegel y Kant—del propio sistema del señor Encina? Porque—el caso no es de ayer—todo el mundo pudo ver la enorme concurrencia que hace tres o cuatro años llenaba la Universidad de Chile, cuando un docto conferencista dilucidaba

ante el público la abstracta y transtornante doctrina de Einstein, cuyo rebarbativo aspecto matemático y cuya terminología misma, pasaban en ocasiones por sobre la cabeza del auditorio. Sin embargo de ellos, muchos entendieron aquella teoría que, dicho sea sin herir la sensibilidad del señor Encina, es harto más compleja, difícil e inusitada que el evolucionismo relativista que viene a profesar mi distinguido contradictor. ¿Es acaso tan sutil y profunda, tan ininteligible y fuera de las normales vías de la inteligencia esta doctrina suya que no alcancen a vislumbrarla espíritus para quienes no ofrecen dificultades insuperables Krause, Kant y Hegel? Y sin apartarnos del señor Encina, ¿es que no publicaba, hace ya más de veinte años, don Enrique Molina, un extenso y fundamental estudio sobre el bergsonismo? y después de él, un instruído y agudo ingenio, don Eduardo Escudero, ¿no ha dado sobre el mismo tema luminosas conferencias? Aun cuando el autor no lo crea, el público de Chile está algo preparado a imponerse de doctrinas especulativas, aun cuando sean tan peregrinas e insólitas como la que motiva estas líneas.

Por eso, lo repito, ha andado poco discreto el señor Encina al exhibir tan franca e insistentemente su desprecio por el público de compatriotas que lo lee. Más hábil y práctico hubiera sido presentar su sistema sin tanto aparato de menosprecio, para no exponerse a que algún temerario, cual suele haberlos, parodiando el apóstrofe del sublime orador francés, le preguntara: «¿Qué han visto, pues, esos raros genios? ¿qué más han visto que los otros? ¿Qué ignorancia la suya, y cuán fácil fuera confundirlos si, débiles y presuntuosos, no temiesen ser instruídos?». Mientras que ahora, en presencia de estas columnas de filosofía en que a raudales circula el desdén, si el señor Encina logra hacer triunfar sus teorías que sólo dos personas más en el mundo actual son capaces de entender, habrá tenido éxito, sí, pero sin dificultad ni resistencia, y podrá aplicársele el verso corneliano:

«A vaincre sans péril, on triomphe sans gloire»,  
venciendo sin peligro, se triunfa sin gloria.

Pero entremos ya a estudiar la doctrina. Empresa no grata ni fácil es penetrarse de las ideas filosóficas de nuestro autor y exponerlas en forma inteligible para el público ansioso de conocer lo que encubren estas pavorosas columnas de insólita fraseología y herméticos conceptos en que fuera aventurado internarse sin llevar a la mano el hilo salvador de Ariadne. La dificultad que la mayoría de los lectores ha encontrado en el empeño de entender esta filosofía—honra del pensamiento chileno si sólo otros dos mortales en el mundo contemporáneo han logrado concebirla—radica tanto en la forma desordenada, intermitente en que se produce, en su falta de coherencia y en su pugna con toda gramática y hasta con la más rudimentaria y precisa puntuación, como en la sutileza y vaguedad de los conceptos mismos que el señor Encina propone a nuestra inteligencia, al aspecto paradójal en que los muestra. No hay en la descripción de su sistema un desenvolvimiento gradual, orgánico, en que las ideas deriven consecucionalmente unas de otras: las diversas ideas que él aborda, vienen como al azar de las circunstancias, sin un vínculo visible y riguroso que las anude.

Esto no obstante, a despecho de la insuficiencia y fallas con que nuestro autor las expresa, sus ideas matrices, la índole de ellas, sus primordiales consecuencias pueden, con más o menos nitidez, inferirse de estas columnas y permiten al lector formar juicio a su respecto.

Como lo indicaba hace un momento, la respuesta del señor Encina fué precedida por un discurso que la prensa publicó a grandes caracteres y con el título sensacional de «duelo entre la mente y la vida». Respetuosamente me abstendré de comentarlo y juzgarlo. Respecto de la idea capital que él defiende, básteme indicar en nota lo que de tan audaz paradoja opina

pensador de la solidez y vuelo especulativo de Fouillée (1). Después de él, nada resta por decir sobre el particular.

La respuesta propiamente tal del señor Encina, se inició en «la Nación» (noviembre 18) con unas cuatro columnas acerca de la «relatividad del conocimiento». Nos indica ahí los antecedentes y ocasión de su «Portales», los motivos ideológicos que le dieron origen. Para ello describe la auto-construcción mental, sus modalidades y consecuencias. Ella, según nuestro autor, se produce por la acción sobre la energía vital de que todos nacemos dotados, de ciertos estímulos o fuerzas que la atraen y mueven en determinadas direcciones. Dichos estímulos, en gran mayoría, vienen del pasado y son congénitos en el individuo; otros, o son engendrados por el ambiente físico o moral, o de él provienen; otros, por último, son causados por las ocurrencias de la vida y aun por el juego de los demás estímulos. Como ejemplo de éstos últimos, cita la muerte de la esposa de Portales, que cambió radicalmente las actividades psíquicas del Ministro. La acción más o menos compleja e intrincada de

---

(1) *Apud*: La pensée et les nouvelles écoles anti-intellectualistes, p. 75. «No es el mundo, en cuanto representado, el que se ha modelado complacientemente sobre las necesidades de nuestra vida; es nuestra vida la que ha debido modelarse dócilmente sobre el mundo, para representárselo y actuar en él, so pena de sufrir el solemne veredicto: ¡Muere! No son «las necesidades de la acción» las que han engendrado nuestra inteligencia, reducida así al papel subalterno de *ancilla vitæ*; al contrario, es nuestra inteligencia la que, al discernir las leyes de lo real, ha hecho posibles las acciones complejas, mediante las cuales nos adaptamos al medio o adaptamos el medio a nosotros. No es sólo por «las necesidades de la vida» por lo que creo en causas, en identidades, en relaciones constantes, en permanencias relativas, etc. Es porque todo eso es relativo por lo que estoy obligado a creer en ello para vivir y obrar. El valor teórico de la inteligencia, su veracidad, he ahí, pues, la condición primera de su valor práctico y utilidad, lo mismo que una visión exacta es la condición de una visión útil... Hay acciones de todas clases; también el pensamiento es una acción; pensar correctamente, pensar verdad, he ahí la necesidad de esa acción que se llama pensamiento».

estos diversos órdenes de fenómenos, constituye en su más lata acepción la vida humana. Ante el conjunto de ellos se pregunta el autor si la mente del hombre se crea a sí misma en cierta medida. Y se responde, que tanto el espíritu humano en cuanto partícula del cósmico impulso vital, como esa misma mente formada ya, incorporada en un cuerpo y sujeta a los impulsos de que acaba de hacerse mérito, se forman a sí mismas, se autoconstruyen, como dice el señor Encina, pero dentro de límites que él determina así: el molde específico, (de la especie), la suma de la energía vital y, por último, la predeterminación mental creada por la herencia o atavismo. Esta individuación, o sea, la resultante de las interacciones de los varios impulsos en un mismo individuo dado, es lo que diferencia a los hombres y les imprime un sello peculiar que los haría incomunicables entre sí, a no mediar entre ellos el fundamental fenómeno de la sugestión. De ahí que las ideas de un pensador no pueda otro entenderlas, asimilárselas o contradecirlas si no es transformándolas para adaptarlas a la propia individual mentalidad.

Antes de pasar al siguiente artículo, creo útil presentar algunas de las objeciones que sugiere lo hasta aquí dicho por nuestro autor.

Un punto en que éste, a mi ver, se aleja de la verdad es aquél que toca a la incomprensión de un pensador por los demás. Hay ahí una exageración y, además, una confusión. En el artículo de noviembre 18 (col. IV), nos expone su tesis con una terminología demasiado... digamos *fisiológica*, para el caso. Nos dice: «El autor que se sienta comprendido o es él mismo cunuco mental o un inconsciente a quien la fatuidad venda los ojos del espíritu». No es, por cierto, halagador el dilema para los que alguna vez acudieron a las prensas, ni puede darse más trágica disyuntiva. Pero el propio señor Encina, a quien le conocemos y entendemos a maravilla lo que publica, ¿por qué, para qué o para quién escribe? ¿Acaso él mismo no nos confiesa que entiende a W. James y no se asombra de que los demás no



lo comprendan? ¿Qué valor puede merecernos su juicio acerca de Aristóteles y Kant, estampado pocas líneas antes? ¿ha entendido él a esos autores? Si el leyente es lógico, con esa lógica de que abomina nuestro autor, sacará probablemente una muy poco grata conclusión...

Pero él insiste y vuelve a citarnos el caso de Aristóteles en comprobación de que, desde la fecha en que viviera el Estagirita hasta hoy, nadie ha penetrado cabalmente sus doctrinas. ¡Oh fuerza del espíritu de sistema, cómo perturbas las mejores inteligencias! Porque está de manifiesto que, una vez más, nuestro autor se equivoca. Es que cuando se trata de un genio enciclopédico, de potencia casi sobrehumana, como Aristóteles, hay que hacer veinte distingos y señalar, una por una, las ciencias en que no se le ha comprendido o en que su pensamiento ha sido desfigurado. Claro está que las ciencias naturales, matemáticas y políticas del Estagirita han sido muy mejoradas y ampliadas por el pensamiento moderno, pero ello se debe al desarrollo de los conceptos científicos, a la orgánica evolución de la ciencia y sus experimentos, no a que la idea aristotélica haya sido desconocida en toda su plenitud y tal como aquel sublime ingenio pudo concebirla en su época y con sus recursos de investigación. Esto se aplica aún a las concepciones filosóficas y metafísicas de Aristóteles. No necesitamos hoy de un meollo especial y privilegiado para abarcarlas en toda su profundidad y sutileza: si tomamos los tres o cuatro máximos intérpretes del peripatetismo en estos días, veremos que coinciden en la inteligencia de esa filosofía primera. Donde comienza la discordia no es en la determinación de lo que pensó y dijo el maestro sino en el juicio definitivo que su doctrina merezca al comentador, ya que son pocos los que en tal estudio conservan la objetividad necesaria para separar su personal idea de la concepción aristotélica.

Esta declaración de que nadie entiende a nadie, salvo el caso de eunuquismo, envuelve, además, el riesgo de que, a lo

mejor, por no entender bien a un autor, condenemos en él como un yerro lo que en verdad es... verdad; o a la inversa, aprobe-mos como bueno y correcto algún concepto que jamás pasó por la mente del otro.

Hallo injustificado también el menosprecio del señor Encina por el profundo y admirable Spinoza (col. IV), aun cuando al concluir el artículo una el nombre del metafísico judío al de Leibnitz para enaltecer al primero. Homenaje de toda justicia a quien, además de filósofo eminente, fué exégeta insigne, incomparable conocedor del corazón humano y, en el libro III de la *Ética*, moralista sin par.

Un postrer reparo y concluyo con este artículo. Escribe nuestro autor, («La Nación» del 18, col. IV) que «todo concepto científico o político toma en la América española el sentido europeo del siglo XVIII, más accesible a su grado de desarrollo mental». Aserto inaceptable para los que saben que esta América hispana ha vivido entero el siglo XIX del pensamiento de Stuart Mill y Spencer, de Cousin y Comte, de Taine y Renán, y que todas nuestras discusiones científicas, filosóficas y sociales, nuestra legislación, la instrucción pública, la prensa toda, en una palabra que al alma entera de este continente ha sido plasmada por la enseñanza de aquellos magnos ingenios, y aun vive y se inspira de ella. Más rápido fuera inquirir quienes son los que en nuestra América no han leído y meditado las obras de tan excelsos pensadores. ¿O se alegrará que tampoco han sido entendidos?

Indicados así el instrumento y capacidades de conocimiento del hombre, el señor Encina entra, en un segundo artículo, a demostrar la relatividad del saber que nos proporcionan. Traza al efecto una sucinta historia de la concepción cósmica, desde sus orígenes griegos hasta nuestros días, exhibiendo sus avances y retrocesos y las varias influencias étnicas que en el curso de esa evolución recibió el espíritu científico. Señala en esa marcha dos etapas características: la aristotélica, síntesis del pen-



samiento griego, que dominó hasta Galileo, y la actual, iniciada por Copérnico y Newton, dos concepciones astronómicas que implican diversos criterios de certidumbre y cuya discordancia fundamental en un concepto básico de toda filosofía, descubre la íntima e incurable relatividad del saber humano. Porque el autor, con describir y anotar las rectificaciones, cambios de rumbos y antinomias en el antiguo y moderno ontologismo, presume haber establecido que todo conocimiento es relativo al sujeto que conoce, por esencia incierto y mutable. De esa relatividad un pensador ha dado la fórmula plena y profunda, Kant. El señor Encina le consagra extensos párrafos a fin de mostrar la infecundidad de la teoría kantiana en este punto: es que el maestro de Königsberg, lógico incomparable, no fué un intuitivo, le faltó la visión imprevista y espontánea, súbita y total de la realidad; en la alta especulación su doctrina fué «de una vulgaridad sorprendente».

No satisfecho con mostrar la disparidad de juicio y de mutua comprensión en los grandes pensadores, el autor la busca y descubre también entre los más grandes y cultos pueblos, los nórdicos y los helénicos. La divergencia de criterio, considerable ya de individuo a individuo, se hace insalvable no sólo entre las diversas razas sino aun entre los coetáneos de un mismo país y época. De lo cual infiere nuestro autor que el espíritu «en cuanto sujeto de conocimiento experimenta un continuo cambio... que no existe una verdad permanente sino una verdad en evolución. Lo que nuestra mente concibe en un momento dado es la única realidad posible; pero no es una realidad estable». Es, en suma, y dicho en otras palabras, la filosofía de la movilidad de Bergson. Llevada a la práctica, ella se traduce en una orientación ética, en móviles de especulación y de conducta que distancian enormemente al mundo antiguo del pensamiento contemporáneo.

También aquí necesito manifestar mi desacuerdo con algunas de estas opiniones. Desde luego, hay que insistir en la

poca originalidad de la idea capital. Aun sin entrar por el momento en más prolijo detalle, recordaré que, en mi segundo artículo, expresaba como esa tesis que erige en verdad y como tal proclama el sentir, la impresión individual de cada uno de nosotros, es, con menos la ostentosa forma de que el señor Encina la reviste, la misma que seis y cinco siglos A. C. profesaron Heráclito y Protágoras el sofista. «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, como son, de las que no son, como no son,», enseñaba el pensador de Abdera. Su dicho originó toda una interminable y fundamental polémica en que Sócrates, Platón y Aristóteles esgrimieron sus mejores armas. Demostraron ellos que con tal tesis no habría ciencia posible, que el predominio del criterio individual arruinaba el derecho, la moral, las costumbres y que emplearla equivalía a substraer los cimientos del edificio social. Pues no otra cosa que lo enseñado por Protágoras es lo que, más especiosa y místicamente, proclama el señor Encina. Según él, cada intuición tiene un valor *per se*, individual, inconcuso, no sujeto a controversia desde que nadie puede sentir ni criticar *mi* impresión propia, *mi* intuición personal, ni el juicio que sobre ella asiento yo. Existiría, es verdad, un medio de aquilatarla y controlarla: la operación de la inteligencia. Pero en el sistema de nuestro autor tal actividad se ejercitaría *a posteriori*, y para recaer sobre un fenómeno que por definición escapa al dominio del intelecto y que se ofrece a éste como un dato firme y *ne varietur*. De modo, que las razones que ya los pensadores helenos aducían contra la tesis de Protágoras del relativismo del conocimiento, guardan hoy mismo toda su eficacia. No es del caso reproducir aquí esa argumentación psicológica y metafísica. Por lo demás, el transcurso de los siglos, la evolución y progreso del genio humano y de las ciencias, han creado nuevos puntos de mira y consideraciones que concurren con mayor fuerza y eficacia aún a rebatir las teorías del señor Encina.

Estimo que el distinguido autor está en un yerro al afirmar

que, en el concepto griego, el Cosmos no fuera creado para el hombre. Ello equivaldría desde luego a suprimir el *Timeo* platónico, cuyo objeto, precisamente, es demostrar como la Divinidad formó el universo para el hombre e indicar el proceso de aquella demiurgia. A lo cual se añade que el alcance primitivo de la palabra *Cosmos*, fué mucho más restringido que el que se le dió después. Como lo expresa Albert Rivaud, (1) «el relato de la formación del alma del mundo, la teoría de lugar y de los elementos, el sistema astronómico los han atraído, (a los exégetas), particularmente. Sin embargo, y por interesantes que sean estos conocimientos, no es ahí donde, a los ojos del propio Platón, está lo esencial. Para Platón, sin duda alguna, la parte cardinal de la obra es la relativa al hombre. Es en vista de esta parte, para prepararla y anunciarla, para lo que todo lo demás ha sido redactado». Más lejos, (p. 179) añade: «El verdadero tema de la trilogía inconclusa, de que el *Timeo* debía ser el prefacio, es la historia de la humanidad, tal como hubiera debido desarrollarse sin la intervención de las mil causas perturbadoras que nuestra inteligencia está fuera de condiciones de prever. El *Timeo* contiene propiamente una filosofía de la historia, ligada por la ciencia que resume, a una concepción general de la naturaleza». En este diálogo, la historia de la humanidad se vincula estrecha e íntimamente a la del Cosmos.

Por lo demás, cuando se habla del *concepto griego* sobre el Cosmos, no debe entenderse la opinión de cinco o seis matemáticos o astrónomos. Aristarco de Samos, Pitágoras, Eudoxo de Cnido, Platón, Aristóteles, etc. etc., cuyas teoría y ciencia, quedaron ignoradas de la inmensa mayoría de los helenos y sin influencia práctica en el pensamiento general, sino del común sentir de ese pueblo en punto a cosmogonía. A este respecto, ninguna duda cabe: desde los más remotos tiempos hubo unanimidad en los

---

(1) Edición y traducción del *Timeo*, publicada por la Association Guillaume Budé. París 1925, p. 7 del prólogo.

griegos para creer que el universo lo habían creado los dioses para el hombre. Así lo cantaron sus poetas. Hesíodo escribió la *Teogonía* para describir la génesis del Cosmos; en su epopeya, *Gea*, la Tierra, con sus habitantes, es uno de los protagonistas. Así lo proclamaban desde el escenario sus dramaturgos; el *Prometeo* reproduce precisamente uno de los episodios de aquella cosmogonía, en que el hombre es principal personaje: el Titán sufre cruento suplicio por haber amparado al hombre contra los dioses en los primeros días de la creación. Uno de los más altos y curiosos ingenios, Empédocles, cantaba en sus poemas el nacimiento del Cosmos y explicaba la existencia humana en él, con sus tristes o dolorosas peripecias, como el castigo de algún grave delito del hombre en contra de los dioses. En realidad, y vista en sus líneas generales, no otro concepto que esta celestial tuición de los dioses sobre el universo y el hombre, está implícito en la mitología toda. ¿Y qué otra cosa implicaba la enseñanza atea de Epicuro y sus adeptos, que recluiran a los dioses en los intermundos, sino apartarlos de nuestro globo, poner entre ellos y su obra el espacio infinito? Tal estado de las opiniones, esta común creencia que sólo vino a debilitarse a comienzos de nuestra era, manifiesta que un griego de los siglos de Pericles o Demóstenes tuvo tanta certidumbre de que el Olimpo vivía atento a nuestro planeta como la que respecto de la Providencia divina puede en nuestros días abrigar un cristiano.

Tampoco me parece justificable ante la lógica y los hechos, la relación que imagina el autor entre la dolicocefalía helénica y el concepto cosmológico en Grecia; no se divisa entre ambos hechos vínculo alguno de causa a efecto, ni podrá jamás demostrarse que un braquicéfalo no pueda tener acerca del Cosmos las mismas ideas que Aristóteles o Eudoxo (1). En la forma simplísima en que aquellos primeros cosmólogos helenos imaginaban

---

(1) En este punto no le formaremos capítulo al autor, cuando atribuye a Diocleciano un dicho que, según dudosa tradición, profiriera Juliano.

el universo, no se requerían extraordinarias capacidades para entenderlo. El verdadero óbice a una difusión de aquellas nociones de heliocentrismo radicó, no en la faz matemática o astronómica del problema sino en su aspecto mítico, religioso, ante el cual ni el señor Encina ni nadie podrá establecer diferencias de dolico a braquicéfalos.

Pero el caso es todavía más serio para nuestro autor, porque esa total dolicocefalia de los antiguos griegos que el señor Encina afirma con tan imperturbable seguridad, es gravísimo yerro. No fué homogénea la constitución étnica de los primitivos helenos. A la autoridad del historiador chileno voy a oponer la de algunos recientes y autorizados especialistas en la materia. Después de hablar de Creta y su brillante cultura, M. Eugène Pittard (1), dice: «En la Grecia continental las poblaciones están muy mezcladas; las unas braquicéfalas, las otras dolicocefalas. Las cifras medias del índice cefálico nos hacen pasar de la hyperbraquicefalia de los epirotas a la dolicocefalia de los tesalios». Más lejos, (p. 374) Pittard se pregunta: «¿De dónde provienen las poblaciones braquicéfalas de la Creta prehistórica?... Conocemos braquicéfalos en todas las direcciones del Egeo septentrional... y conocemos también otros en la Grecia occidental, en todo el litoral que enfrenta a Italia en el Mar Adriático». Por último, en la pág. 375 agrega: «por lo que hace a los tiempos prehistóricos, en esas regiones vecinas a la Creta, recuerdo que también se han encontrado tipos braquicéfalos en las estaciones neolíticas de la península de los Balkanes».

Todavía más recientemente, confirmando los asertos de Pittard, Gustavo Glotz (2) escribe: «(la antropología) parece haber demostrado que en los tiempos prehistóricos existía, por una parte, una raza dolicocefala repartida por toda la hoya mediterránea... y por otra parte, una raza braquicéfala, instalada

---

(1) Eug. Pittard. *Les Races et l'Histoire*. París 1924, p. 372.

(2) Gustave Glotz. *Histoire Ancienne. Histoire de Grèce*. París 1925, p. 37.

en Asia Menor y algunas de las Cícladas». «En cuanto a la Creta prehistórica, «la medida de más de 100 cráneos parece establecer dos hechos: 1.º en el curso de los períodos minoenses antiguo y medio, una minoría de braquicéfalos... lentamente asimilados por una mayoría de dolicocefalos; 2.º la desaparición de la civilización mínoa... ha sido acompañada de una completa transformación en la población; invasores braquicéfalos triunfan sobre los dolicocefalos, como en toda la Egeida... Predominio de una raza mediterránea... rechazo de los indígenas por indoeuropeos de cabezas redondas,—en este caso los Aqueos precediendo a los Dorios. Tales son las hipótesis autorizadas por las investigaciones antropológicas». Ellas aparecen confirmadas casi hasta el exceso, por las declaraciones de una autoridad eminente en la materia que en reacción violenta y apasionada contra el fetiquismo por la dolicocefalia, se carga totalmente al otro extremo. Dice, pues, así Jacques de Morgan (1): «Los dolicocefalos parecen haber sido los más numerosos sobre el globo en tiempos cuaternarios, y los braquicéfalos parecen no haber venido sino más tarde a nuestros países... A los dolicocefalos pertenecen las antiguas civilizaciones de la Caldea, Elam, Egipto y, mucho más tarde, los Arabes, en tanto que los braquicéfalos han producido la cultura grecolatina, los progresos modernos». (Aquí está la exageración enorme, inadmisible, y por tanto errónea). En el mismo tomo, (p. 188) agrega Morgan: «La aparición de los griegos en el oriente mediterráneo no se ha producido en una sola marejada; una primera ola, se cree, en el curso del segundo milenio A. C. habría traído a los Aqueos, vinieron en seguida los Dorios; los jonios y los dolicocefalos fueron expulsados o absorbidos...». En el tomo III p. 153, citando las siguientes palabras de René Dussaud: «Entre los más antiguos minoenses predomina sin contrapeso la dolicocefalia; pero los

---

(1) Jacques de Morgan. *La Préhistoire Orientale*, Paris 1927, p. 47, tomo I.



individuos braquicéfalos, no por ser raros en aquella época, faltan por completo; poco a poco la proporción de los braquicéfalos aumenta. Estos últimos ganan terreno hacia el fin de la época del bronce», añade Morgan: «en cuanto a los braquicéfalos, cuya infiltración comienza desde el origen de la cultura cretense, sabemos quienes son esos extranjeros, de dónde vienen y qué camino han seguido...», (p. 155). «Las primeras oleadas braquicéfalas eran de habla aria, muy probablemente; en todos los casos, las dos invasiones capitales, la de los mycenios y la de los dorios pertenecían a esta familia lingüística...». El mismo Glotz a quien cité más arriba, dice en otro de sus libros: «(En Creta) bruscamente los braquicéfalos aventajan y vencen a los dolicocefalos, que hasta entonces habían dominado. Bajo el habla doria que se implantará en Creta dos siglos más tarde, se vislumbran algunos elementos del idioma que fué asimismo el del Peloponeso antes de la invasión doria». (Id. di. p. 72). Si esto ocurría en Creta «es por el contrario una población fuertemente braquicéfala la que ocupaba el Asia Menor... La masa de los Cretenses es mediterránea. Sin embargo, a la raza predominante está mezclada una población braquicéfala, quizás de origen asiático. Ella representa, sea los restos de aborígenes masacrados por la raza predominante, sea más bien un elemento inmigrado, una minoría venida muy probablemente de las Cícladas, donde en la edad del cobre se ven dolicocefalos en Syros...; pero braquicéfalos en Paros, Oliaros y Siphnos...», (pág. 73). «La revolución que debía poner término a la edad del bronce fué precedida por una fuerte transformación en la población. Disminución formidable de los dolicocefalos... aumento paralelo de los braquicéfalos y de los mesocéfalos: un cambio semejante no ha podido tener más que una causa, una invasión de guerreros de cabeza redonda. El marca la llegada de los Helenos». Y después de recordar las sucesivas etapas de la historia cretense hasta hoy día, agrega allí mismo: «El fondo de la raza ha quedado tal cual, después

de los Aqueos, lo han hecho los Dorios. Los mesocéfalos están en mayoría. La dolicocefalía se perpetúa en el extremo occidental y en alturas aisladas. El distrito más impenetrable, guarida de los sphakistas, es el que encierra más braquicéfalos, precisamente aquél que mejor ha conservado el habla y el espíritu belicoso de los Dorios».

Una última cita para agotar esta investigación. Escribe un reciente y fidedigno historiador (1), «Hoy día, de las tres razas entre las que pueden repartirse los europeos, dos predominan en los Balkanes. En las costas es el *homo mediterráneos*,... de cráneo alargado, de faz larga y angosta... En el interior es el *homo alpinus*, que, él también tiene estatura pequeña o media, pero cuya cabeza es oblonga y la cara ancha». (Pág. 91 «Los sepulcros prehistóricos presentan ya cráneos de todas formas». (Pág. 93) «Ni el tipo ni la raza son, en el actual estado de la humanidad, realidades objetivas», dice Topinard, (en «El hombre en la Naturaleza», p. 43). «Lo mismo ocurría desde la más remota antigüedad griega. Introducir en la historia griega la noción de raza, es exponerse a puro gusto a los innúmeros errores que ha acarreado tanto a las ciencias morales como la política, el abuso de este término». Palabras severas de la ciencia en respuesta a las divagaciones, prejuicios, paradojas y sectarismos a la moda. De todo ello se deduce que en su base misma, en su célula primitiva, la nación griega presenta, por lo menos, un doble factor genético, caracterizado por cráneos oblongos y cráneos redondos. Desentrañe el señor Encina esas influencias en vez de construir así al bulto una filosofía de la historia.

En vista de tan autorizadas y uniformes declaraciones de los maestros, creo que ya es tiempo de concluir con esas erróneas teorías, faltas de toda base en la realidad, más aún, palmaria-mente contradichas por ella. Hay que pensar que cuando se proclaman las excelencias de la dolico o braquicefalía, no se da ningun-

---

(1) A. Jardé.—*La formation du peupls grec*. París 1923, p. 90.

na explicación del mecanismo por el cual pudieran producirse las exaltadas o ínfimas cualidades mentales con que dotamos a unas u otras familias étnicas. No basta constatar la variedad de la caja ósea, rígida, poco dúctil a las influencias externas, si no atendemos a su contenido, a la constitución encefálica, a su forma, densidad, complejidad de sus estrías y filamentos nerviosos, y demás condiciones de su funcionamiento. Y es esa masa cerebral, inabordable a nuestros medios de observación directa, inaccesible aun a la intuición del señor Encina, la que en gran medida crea las diferencias biológicas, raciales. Ya en mi anterior artículo manifesté que así lo enseñaba con magistral acierto el Profesor Latcham.

Lo que juzgo completamente inaceptable, contrario a toda noción científica, más que eso, a la historia que todos conocemos, es que el autor atribuya a las razas nórdicas el aporte de un nuevo concepto científico, un caudal de observaciones propias relativas al Cosmos. Esos inmortales genios que nombra el señor Encina: Copérnico, Newton, estaban imbuídos en la ciencia clásica humanística, en ella se habían educado, conocían y practicaban sus métodos, trabajaban sobre una base de hechos, conjeturas y experiencias acumuladas por siglos en países helenizados y romanizados. ¿Olvida el señor Encina que antes y después de Cristo existieron unos matemáticos alejandrinos, Apolonio, Diofanto etc. etc., sin cuyos geniales trabajos nunca el pensamiento moderno hubiera podido avanzar un paso? Claro está que los recién venidos rectificaron, ensancharon el horizonte intelectual y dilataron el universo hasta el infinito, perfeccionando a la par los conocimientos; pero ello no en cuanto nórdicos de una civilización superior, sino en cuanto herederos de una amplia cultura precedente y contemporánea que les comunicara sus instrumentos y métodos de estudio. Y al fin de cuentas, ¿quién supo jamás que fueran nórdicos Leonardo y Galileo, que lo fueran Descartes y Pascal? Y por no haber nacido bajo las brumas de Escandinavia, ¿son menos potentes y

soberanos y creadores ingenios Maspero, Champollion y Eugenio Burnouf y lo era, ayer no más, Santiago Ramón y Cajal? No debió el señor Encina atribuir a tal o cual sangre lo que en parte ha sido obra del tiempo, en parte de una iniciativa individual cuyos elementos escapan todavía a la ciencia, obra de las nuevas condiciones de vida, de los nuevos instrumentos, de la instauración de la pedagogía moderna, (academias, universidades, etc.).

Fuera de que nada hay más aventurado que hablar de los nórdicos como quien habla en química de un cuerpo simple, invariable, homogéneo, igual en todo tiempo. Eso no cabe ni en biología ni en historia. El curso de la evolución social humana desde hace cuarenta o cincuenta milenios ha acumulado entre los antecedentes genéticos de cada uno de nosotros tal suma de infinitesimales detalles, experiencias, posibilidades, un tan inconmensurable caudal de acciones, reacciones, cambios y reflejos, que ninguna cifra pudiera enumerarlos, ninguna palabra describirlos. ¿Dónde está hoy día quien lograra realizar la gigantesca, la milagrosa discriminación de influencias de toda índole que desde el origen han actuado sobre el individuo humano? Empresa a todas luces utópica, porque si con cincuenta signos dados, resulta fabulosa y no cabe enunciar la multiplicidad de combinaciones producibles, piénsese en el verdadero cosmos (microcosmo) que viene a ser cada cerebro con sus millones de células dispuestas, agrupadas y marcadas con el sello de las innumerables metamorfosis, impresiones, caracteres e imágenes que en perpetuo e imperceptible cambio evolucionan en la masa encefálica. Y dígase, en seguida, ¿sies dable reservar a dolicocéfalos o braquicéfalos el monopolio de ciertas facultades, tendencias o vocaciones, con exclusión de unos y otros? ¿Con cuál experiencia y autoridad se osa, entonces, dogmatizar acerca de craneología para, atendiendo a ese grosero instrumento, la caja cerebral, sujeto a todas las acciones del medio, prejuzgar la

índole, fuerza, fineza, importancia y posibilidades de la masa nerviosa en ella encerrada?

Flotan sobre la superficie del océano, infinitos, incontables millones de olas; venidas de todos los horizontes, eternamente bajo el sol, y la luna y los vientos, llevadas del uno al otro confín de los mares por múltiples corrientes o impulsadas por erupciones submarinas, o despedazadas contra los arrecifes, hechas, deshechas, reconstituídas a cada instante, moldeadas en innumerables formas, unidas o separadas, en perpetuo contacto y lucha unas con otras; ¡váyase hoy a determinar el origen y la filiación y parentesco, la composición e historia de cualquiera de esas cambiantes ondas! Otro tanto ocurre con el oleaje de las generaciones humanas, vaciadas desde distintos puntos de origen sobre los continentes modificados cien veces por el transcurso de los siglos y por gigantescos cataclismos, mezcladas esas familias entre sí en toda forma y proporción, modificadas por todos los accidentes de la naturaleza y del clima, por las recíprocas influencias y reacciones que, por ejemplo, del huno mongoloide, deforme, repugnante y monstruoso han formado el hermoso y gallardo tipo húngaro, magnífico ejemplar de la raza humana. Tanto en el caso de la onda, como en el del hombre, es la misma la imposibilidad de discriminación y clasificación; el torrente ha avanzado mucho, y las fuentes originarias están muy lejos, perdidas en la aurora de los tiempos...

Pero, volvamos ya a los nórdicos; como digo, el señor Encina habla de ellos con lirismo; a su juicio forman la sal de la tierra esos dolicocefalos de triunfal cultura. Sin embargo, ¿ha pensado él que entre esos nórdicos hay multitud de semitas, y de los más conspicuos genios de la humanidad, que entre ellos figuran Spinoza, Mendelssohn, Disraeli, Wagner, Herschell, Reinach, Halévy, H. Cohn, Einstein y cien y cien más cuyos nombres están en todas las memorias? Sería de averiguar ¿cómo califica y qué valor asigna el señor Encina a dichos hebreos, a cuál elemento étnico da en ellos la primacía, cuál criterio cra-

nilógico hace prevalecer y adopta para juzgarlos, si el dolico o el braquicefálico?

Parece que el conflicto entre esas combinaciones de la vida y la historia y las tesis con que se intenta cohesionarlo, no puede ser más ostensible y, en consecuencia, más adverso a las teorías de nuestro autor. ¿Cuándo vamos a salir de estas vaguedades, de estos conceptos mal definidos por cuanto científicamente indefinibles hoy día?

Esa misma esquemática historia de las grandes tendencias del pensamiento humano en materia de filosofía, que nos traza el autor, paréceme por lo menos insuficiente. En ella sólo se alude a los genios culminantes, contempla esa evolución más en las ideas que en quienes la prohicieron y pinta del movimiento especulativo un panorama tan somero que, vistas desde semejante altura, las líneas principales de él se funden y pierden unas en otras. Lo que a este respecto correspondía decir,—nuestro autor, naturalmente lo silencia,—es que ni en la India, donde la especulación fué casi exclusivamente intuitiva y mística, ni en Egipto, donde todo el saber se concretó en recetas y prácticas empíricas, pudo nacer y organizarse la ciencia. El pensamiento mismo de ésta, sólo en Grecia podía surgir, porque ahí la razón desinteresada, la inteligencia pura, discursiva, aplicada al examen de los fenómenos, supo observarlos, clasificarlos, y ordenándolos en categorías, encadenarlos con invariables leyes. Acabo de nombrar a la India. Merece advertirse que en esta parte de su trabajo, el señor Encina omite desdeñosamente mencionar a la filosofía oriental, no sólo considerable en sí misma, objeto de hondos estudios de la erudición moderna, sino además, importante por lo que en punto a metodología y prácticas especulativas se asemeja a los sistemas pesimistas de Schopenhauer y Hartmann... y aun al relativismo a base mística del señor Encina. ¿Qué otra cosa han hecho siempre, hasta hoy, los fakires hindúes, sino aguardar en la inercia de la piedra que las ondas de la vida, de la realidad, lleguen a sacudirles la inteligencia



y a despertar en sus cerebros las visiones de incontrolables delirios y fantasías? También, desde hace treinta siglos, ellos esperan en extática inmovilidad que alguna intuición, cualquier celestial o místico trance les alumbre los campos del eterno misterio que es la vida.

Como al pensador más opuesto a sus doctrinas, el biógrafo de Portales juzga desfavorablemente a Kant. Vimos ya como calificaba las ideas kantianas. Mas, no detiene ahí su ataque; en la columna IV del mismo artículo califica al genial metafísico de «*máquina de razonar*», (1) y con cierta crueldad nos recuerda la demencia en que naufragó su excelso espíritu. Seamos nosotros más piadosos y justos con el poderoso genio que sucumbía al peso de los años y las meditaciones. No esgrimamos en su contra las inevitables debilidades del organismo y pensemos que, así octogenario y todo, aquel demente trabajaba y concluía, casi al morir, una de sus más características obras.

Empero, de cuantos reparos cabe formular contra el postulado del relativismo en el conocimiento, ninguno más grave y transcendental que la antinomia que plantea entre la verdad y la ciencia. La relatividad del saber desnaturaliza la ciencia, la hace imposible, destruyéndola en sus principios y esencia. Desde que la razón de ser de ella, su actividad capital es la aprehensión de la verdad, claro está que no puede existir cuando el objeto de su examen y conocimiento es accidental y fluctuante. La ciencia es codificación de las leyes que rigen los fenómenos de todo orden; mal puede entonces haberla de hechos variables, arbitrarios y transitorios, producidos al azar y cuya existencia misma depende, en su origen y calificación, de la peculiar mentalidad de cada cual, de sus visiones, de las infinitas variantes de su sensibilidad. Hablar de relativismo en el conocimiento es

---

(1) No es blando en sus juicios el señor Encina; ya la misma o peor suerte que Kant había corrido Balzac; por ahí lo veo calificado de *patán!* ¡Y esto en pleno banquete de la «Sociedad de Escritores»! ¡Manes del *Père Goriot* y de *Eugénie Grandet!*

proclamar que lo que para alguien es verdad en algún tiempo y lugar, no lo es para los demás. Tal es la situación que—con muy diverso propósito, por cierto,—definía ya Pascal: «Justicia a este lado del Pírgineo, injusticia al otro lado». Características de la ciencia son la uniformidad y universalidad de sus conceptos y leyes; ambos requisitos desaparecen cuando es la intuición mutable, la experiencia personal sin control, el juicio individual, caprichoso y sin norma el que intenta darse como objeto o instrumento del saber. Es decir, que tendríamos las ciencias de los individuos tales o cuales, ciencias contrapuestas entre sí, y eso es decir que no tendríamos ciencia; en vez de lo universal tendríamos la materia incientífica por excelencia, el sentir inmediato del individuo. En tal evento, el germen de la ciencia se habría extinguido en su elemento germinal y primario, el fenómeno por conocer.

Pero esto no es todo: si la ciencia relativista falla por su materia y organización, fracasa también por el sujeto conociente. En efecto, ¿se calcula cuán enervante será para un investigador la mera expectativa de que todo su trabajo esté a merced de una intuición adversa de cualquier persona y expuesta a derrumbarse mañana desde la base? ¿Con qué certidumbre y confianza puede entregarse a su labor si desconfía de sus instrumentos, si vacilan sus conceptos de verdad, si duda de los más obvios resultados de la ciencia actual, si, por así decirlo, siente el suelo hundirse bajo sus plantas? Prospecto más desalentador aun si se considera que el derrumbe ha de producirse fatalmente, por obra de los delirios, transportes y corazonadas de cualquiera que con la sola autoridad de sus intuiciones, proclame la vacuidad de todo el pensamiento científico anterior. Dígasele a un sabio: «todo lo que Ud. sabe y enseña puede hoy ser verdad, pero ciertamente no lo será mañana porque ninguna verdad hay estable», y de súbito, las iniciativas y energías todas de nuestro hombre se paralizarán y enervarán. Porque es preciso imaginar el trastorno infinito, apocalíptico, producido en los espíritus por semejante.

desconfianza radical, de principio, en las inmutables fórmulas matemáticas, en las más rígidas y comprobadas observaciones de la astronomía, en las exactas y finísimas descripciones anatómicas y fisiológicas. Y, todavía más perturbador de los criterios, ¿habremos de poner en tela de juicio los hechos de la historia, aprendidos de cuanto fidedigno testimonio tiene a su alcance el espíritu humano? Y llevando más lejos el escepticismo que implican las intuiciones del señor Encina, entrando al campo de la metafísica y la lógica, ¿dejaremos de mano sus postulados fundamentales y afirmaremos que los efectos se producen sin causa y que la contradicción es signo inequívoco de verdad, en forma que cuando dos o más intuiciones se contraponen todas proclaman verdad?

Pues esto y muchísimo más encierra el principio de relatividad del saber aplicado a la ciencia. Gigantesca revolución que habrán de presenciar y sufrir nuestros nietos y que podrá observar y comentar el penetrante y malicioso viajero Micromegas cuando en unos tres o cuatro mil años más torne a visitar este mísero globo. Ya para ese entonces, liberados del yugo del raciocinio por obra de las intuiciones de nuestro autor, hasta los chicos de escuela sabrán y repetirán que dos y dos suman cinco, que el triángulo tiene cuatro ángulos, que son desiguales los radios de una circunferencia; asegurarán que la órbita de Saturno es la más próxima al sol; y sin parpadear contarán como Julio César ganó la batalla de Waterloo, y como, en cierta ocasión, Mahoma, el Buda y Jesucristo se juntaron en la Sorbona a escuchar una conferencia de Renán...

Pues si cataclismos intelectuales como éstos pueden producirse, ¿en qué consiste esa intuición que preconiza el señor Encina, cuál es su valor científico y efectivo? ¿Y cuál omnipotente dinamismo es el que así puede subvertir desde la base, el edificio de las ciencias, con las comprobaciones y conceptos que lo sustentan? Es lo que nuestro autor expone y describe en los dos artículos siguientes de «La Nación» (2 y 30 de diciembre). Como

va a verse, sus comentarios al respecto no esclarecen la cuestión.

El señor Encina trae como noción angular de su filosofía la de la *energía vital*. Se abstiene, en verdad, de definirla; pero, según se comprende, esa determinación es esencial, básica; no cabe discurrir sobre su sistema sin saber a firme si esa energía es material o espiritual, o de alguna naturaleza intermedia o, en fin, si se trata de cualquiera substancia que ignoramos en qué pueda consistir. Nos habla de energía vital, concepto doble, difícilísimo de concebir y explicar. ¿Esa energía es fenómeno puramente físico, o es una entidad mental? Y el adjetivo *vital*, que alude a *la vida*, ¿no obligaba al autor a definir *la vida*? Entramos, pues, al debate con un concepto a la vez controvertible y ambiguo, cierta energía vital en que ignoramos qué sea la energía y qué la vida.

Se nos agrega, eso sí, que dicha energía vital, que es la única realidad concebible, sólo puede percibirla y captarla la intuición de cada cual, y que el conjunto de las intuiciones personales de todos los individuos constituye la ciencia. Esa intuición todopoderosa y omnisciente es el grande, el impagable aporte del señor Encina a la filosofía, su fundamental innovación; en sus manos se convierte en clave de todo misterio, mágica fórmula a cuyo conjuro se revelan los más recónditos arcanos de la realidad y el ser. En descubrir, reconocer y organizar la intuición ha consumido su existencia para colocar ese procedimiento cognitivo en la base, en la cumbre de toda especulación.

Pero, pregunta preliminar, ¿qué entiende él por intuición? ¿es una cosa, un concepto, algún fenómeno o facultad acerca de cuya naturaleza y esencia estén conformes todos los pensadores y que pueda sentarse como sólida base de discusión? Lo averiguo, pues el señor Encina, que muy en detalle describe dicho fenómeno, ilustrándolo con varios ejemplos, en ninguna de estas columnas concreta en una fórmula su definición. Bajo este vocablo pueden deslizarse de contrabando varios sentidos y consi-

derarse situaciones muy diversas. El problema es, por cierto, de toda complejidad. Como lo indiqué en mi primer artículo, ni es la intuición fenómeno simple, indescomponible, ni es una y uniforme su naturaleza en todos los concebibles casos. Ya un lúcido y vigoroso pensador (1), discutiendo después de Fouillée (2) análogas tesis de Bergson, lo estrechaba contra la necesidad de optar entre cinco o seis aspectos muy característicos de la intuición. Esto mismo podemos y necesitamos imponerlo al señor Encina antes de proseguir nuestro análisis. La intuición que él prohija, ¿es siempre una y la misma? ¿Trátase, por ejemplo, de un conocimiento absoluto, que percibe el objeto en sí mismo, independientemente de sus relaciones con los demás objetos? ¿O de una invención intelectual, es decir, de la inteligencia en cuanto formadora de nuevos conceptos, en cuanto inventora de categorías nuevas? ¿O acaso cabe asimilarla al instinto, al querer ser, a la acción, en cuanto el instinto no es conocimiento ni lenguaje sino la continuación misma de la vida orgánica? De estas posibles acepciones del hecho intuitivo, ¿cuál propicia nuestro autor? Parece que, a estilo de su maestro Bergson, las usara promiscuamente, sin mayor discriminación de los diversos sentidos.

Por desgracia para la teoría del señor Encina, cualquiera de estas posibles inteligencias —y conste que los términos con que él determina su intuición permiten incluirla en varias de las precedentes definiciones— está condicionada por una operación previa de ese mismo intelecto al que se quiere apartar de la función cognitiva. Todas presuponen en actividad a la inteligencia, y ni siquiera cabe determinar si en cada caso particular se trata de lo que llama el señor Encina intuición, a menos de acudir a la razón discriminativa y aquilatadora de los fenómenos mentales.

---

(1) Julien Benda.—*Le bergsonisme ou une philosophie de la mobilité*. París 1916, p. 32.

(2) A. Fouillée.—*La pensée et les nouvelles écoles anti-intellectualistes*. París 1919.

La inteligencia es la que juzga de la intuición en todos sus múltiples aspectos, señala sus rumbos, mide su intensidad, la controla, y depurándola de los elementos individuales, personales que pueden bastardearla, la hace comunicable y discernible para el resto de los hombres.

Existe palmaria e insalvable antinomia entre la intuición y la actitud intelectual del señor Encina. Habla él de sus rápidas e infalibles visiones en que la completa realidad de tal o cual objeto se muestra a su espíritu con deslumbrante evidencia. ¡Intuición pura; exclama él, operación primaria y autónoma, la vida en su forma elementalísima e incondicionada; Nosotros rectificamos: fenómeno secundario, obra de la inteligencia, de la razón, en su más característico aspecto... ¿Cómo así, por qué? pues porque al referirnos el señor Encina su intuición, ejercita la memoria y el recuerdo, que son por antonomasia acto de la inteligencia. En seguida, para narrarnos sus visiones y místicas experiencias, él se sirve del lenguaje; ¿y qué es el lenguaje más que un repertorio infinito de ideas, sensaciones y experiencias, cuyo empleo, por sí solo, modifica y condiciona el relato del fenómeno intuitivo, lo tiñe de intelectualidad, generaliza, universaliza y uniforma esa visión, también actos del intelecto razonante y discursivo? Por instantánea e imprevista, por intensa que sea la visión intuitiva, es el hecho que antes de ella, *cronológicamente* antes, en el lógico encadenarse de las operaciones psíquicas, preexisten en el espíritu los elementos de que va a saltar la centella deslumbradora. Por último, el señor Encina aparta de su intuición, precisamente el factor capital y determinante de ella: su propia persona, con su mentalidad y estudios, con sus múltiples experiencias, con sus conocimientos y su carácter, con su posición social, su edad... y hasta sus millares de volúmenes alineados en estantería. ¿Y esto no preconstituye, no prepara y consiente una intuición, no la modifica y acrecienta y simplifica, no le impone un determinado rumbo? Y si así es,—y por una vez siquiera déjesenos usar el lenguaje de lo absoluto,—de ser así,



es obvio, es indiscutible que ese acto que el señor Encina presenta como simple y primario, es una resultante de complejos procesos intelectivos, síntesis esplendorosa de un largo y profundo trabajo subterráneo de la inteligencia. Esa intuición es la vívida fórmula de un raciocinio más o menos rápido y consciente. Y todavía, si esto requiriese alguna confirmación más, a la mano está: nadie tiene intuiciones sino de aquello que le interesa y preocupa, de aquello en que por algún motivo ha meditado o para lo que siente vocación. Un músico no tendrá intuiciones de matemáticas, un médico no las tendrá de agricultura ni un militar de teología. Lo dicho va, como se comprende, contra las presuntas autonomía e independencia de la intuición.

Por eso, como a propósito del bergsonismo lo han establecido preclaros pensadores, la intuición, al modo como la entiende el genial filósofo francés, y a continuación de él nuestro compatriota no menos ilustre, no es una operación fundamental y primitiva, especie de creación *ex nihilo* del intelecto; no cosecha ella las verdades a manos llenas, con sólo inclinarse al suelo como allá en el Transvaal otros recogen los diamantes sembrados por tierra. No se produce en tal forma la súbita percepción consciente de la realidad que formaría en su esencia la intuición. No! en todo caso imaginable, fatalmente y por la organización psicológica del hombre, a esa repentina apercepción de la realidad la ha precedido, más o menos conscientemente, una larga serie de observaciones, experiencias y cavilaciones del espíritu. En multitud de casos tal trabajo se realiza de modo subconsciente, a espaldas de nuestra voluntad, distraída en otras labores; esa ignorancia del proceso que obscuramente se desarrolla dentro de nosotros es el que nos hace considerar la intuición como fenómeno sin antecedente, *prole sine mater creata*. La verdad es que, al lograr una intuición, el alma no trabaja en el vacío, sin material psíquico; ésta, dicen los pensadores aludidos, no se produce de la nada, en el fondo del espíritu humano. De ahí que sintetice fuerte y lúcidamente el problema, el dicho de uno de los

más excelsos genios de la humanidad; como le averiguaran el origen de sus maravillosos inventos, respondió: «*en y pensant toujours*», pensando siempre en ello. Esta es la auténtica, la necesaria base del fenómeno intuitivo, y esto lo que ocurre en todos los órdenes de ciencias y de ideas. Para que la intuición se produzca, requiérese la concurrencia prolongada de varias operaciones mentales: reflexión, memoria, observación, analogía, hipótesis, sistematización de las experiencias y clasificación de los hechos. Sólo efectuadas estas operaciones llega el intelecto, como en fugaz, enceguedora iluminación, a discernir el fondo de realidad o verdad del hecho o encadenamiento de hechos en examen. Entonces es la razón misma la que se juzga a sí propia en sus precedentes actividades y da su veredicto como en una síntesis de lo actuado. Esa base empírica es la que sirve de antecedente, de infraestructura a la conclusión intuitiva, que sin ella ni existiría. En sus líneas generales, este proceso es el mismo para todas las ciencias, en particular para las físicas, biológicas y matemáticas, sin que por ello sea menor en las morales. A este respecto la intuición de un físico, (Newton, Galileo, Tyndall), de un fisiólogo (Cl. Bernard), de un químico (Berthelot), de un biólogo (Lamarck o Darwin) se asemejan a las del psicólogo, o del metafísico, digamos ese mismo Bergson que, a despecho de su increíble sutileza especulativa, no puede apartar de su sistema la base de hechos, de operaciones previas del entendimiento que informan su intuición. Esto que digo de las demás ciencias, también se aplica a la matemática; uno de los supremos genios de la humanidad, Pascal, será nuestro inmejorable ejemplo del modo como se origina la intuición. El, dotado cual nadie de facilidad calculista, no descubre en místico arrobo las leyes de números y líneas sino que, desde la primera infancia, lo vemos tendido en el suelo realizando con rombos y cubos las operaciones que acaba de leer en Euclides y deduciendo de ellas, más o menos rápida y nítidamente, dichas leyes y sus grandiosas especulaciones acerca del infinito y del espacio.

Naturalmente, la posibilidad del fenómeno intuitivo cambia con el grado de complejidad de los hechos en estudio, según la importancia del papel que en ello juegue la inteligencia. De lo cual se infiere que han de intuirse con más facilidad los principios matemáticos que los de las disciplinas filosóficas o históricas, y que será más sencillo resolver una complicada ecuación que intuir algunas de las leyes que gobiernan a las sociedades humanas. En éstos, como en todo otro acto intelectual, la intuición de que se trata es la que definí más arriba, y está condicionada, hecha posible por las previas operaciones intelectuales antes descritas.

Dentro de los límites que le impone la naturaleza mental del hombre, no se extrañe que en el campo entero de las ciencias el papel de la intuición, y no digo ya de la bergsoniana o la del señor Encina—sino de la que dejo descrita,—no haya sido creador y fecundo. Muy al contrario: a despecho del aserto de nuestro autor, no existe disciplina que deba algo considerable a la inspiración celestial que él llama intuición. Esto sólo basta para condenar sin más el sistema que analizamos. Sería cosa de ir recorriendo una tras otra las diversas ciencias para mostrar como en todas ellas ha sido la inteligencia en sus primordiales actividades de observación, análisis, analogías, hipótesis, coronadas por la inducción, la que ha creado, organizado y reducido a leyes los respectivos fenómenos. No fueron intuitivos Aristóteles, Euclides ni Hipócrates, Newton, Galileo ni Leibnitz, Laplace o Pasteur, Claude Bernard, Lavoisier o Berthelot, no lo fueron Augusto Comte ni Darwin. Y no lo fueron, precisamente, porque en su carácter de hombres de ciencia, ávidos de experimentar y observar, desconfiaron de la intuición que, saltando por sobre los hechos, quiere instalarse de golpe *in media res*, en el centro vital y motor de los diversos fenómenos. Y tanto no es la intuición primordial forma del intelecto y conocimiento, que todas las ciencias nombradas se han constituido y existen hoy día con prescindencia de ella o sujetándola a rigurosísima crítica.

Tal desconfianza de los sabios tiene su obvia explicación: la imposibilidad de aquilatar en sus correctos valer y alcance las inspiraciones individuales de los demás. Porque tratándose de intuición, se penetra al campo de lo accidental y vario, de lo que por esencia es incomunicable y forma como la ecuación personal de cada uno de nosotros, sujeto de imprevisibles, incalculables modalidades. De individuo a individuo vemos cambiar, y por fuerza han de cambiar el valor y forma de las sugerencias intuitivas, en medida que no cabe definir y justipreciar dentro de las posibilidades de la ciencia. Esta se encuentra ante ellas en la misma situación de Carlos V y su colección de relojes cuya marcha no lograba regular conforme a un horario fijo y único. Si ante principios como el de contradicción o el de causalidad, o de axiomas como los de matemáticas, los problemas los entienden y resuelven análogamente los pensadores todos, porque es el mismo juez supremo, la inteligencia, quien uniformemente los soluciona, no cabe decir lo mismo de las intuiciones, sino muy al revés: domina en éstas lo heterogéneo, un elemento de fugacidad y evanescencia que es antítesis de la constancia y unidad que exige la ciencia para dictar sus leyes. De ahí que tanto como es de insegura y mutable para la constitución de la ciencia, resulte la intuición de creadora y eficaz en el arte y sus múltiples formas. La concepción de la obra de arte es por excelencia unipersonal, intransmisibile, libérrima; apela a nuestra sensibilidad y sólo muy secundariamente a nuestras razón y experiencia. Por eso es dicho común el de que no cabe disputar acerca de impresiones estéticas, de gustos, que no están sujetos a reglas o únicamente a principios tan genéricos que dentro de ellos caben todo sentir y opinión individual.

El proceso de la intuición, tal como *in extenso* la describe el señor Encina, lleva consigo todos los elementos que la condenan. Nada digamos de ese primero y formidable yerro, capital, que suena a paradoja: el repudio de la razón en obsequio a la intuición. Hemos dicho ya lo que de ello opinan eminentes

críticos y filósofos. Pero es el origen mismo, la propia iniciación del dicho proceso, su punto de arranque el que no da garantía alguna de fidelidad y acierto. Aun el menos versado en estas materias sabe que éste es el principio de todo misticismo, que proscribiendo la razón, se alza a un mundo suprasensible por un vuelo de la imaginación liberada de todo freno. Método no nuevo, por cierto: siglos antes de Cristo lo practicaban en las selvas de la India los ascetas hindúes que aun hoy buscan en él la respuesta a los supremos problemas. Más tarde, en Grecia, lo practicaban Plotino y demás neoplatónicos; ulteriormente, los místicos alemanes y los visionarios católicos. Hasta que en nuestros días, con admirable genio de escritor e incomparable sutileza de análisis, Bergson ha creado la metodología de la intuición, otro nombre del arrobo y el éxtasis.

Se han demostrado hasta el cansancio, y por cien autores, las deficiencias y peligros de este sistema de conocimiento; y toda la maravillosa agilidad mental de Bergson no ha conseguido paliarlos. Sin ánimo de recordarlos en detalle, baste pensar que esa intuición y el estado anímico por ella requerido son independientes del hombre, no está en su mano alcanzarlos a voluntad; se producen inesperadamente, con intervalos que de ordinario son distanciadísimos; y, hemos de repetirlo, sólo se dan en los espíritus que de antemano, por sus cavilaciones, experiencias y observaciones anteriores están predispuestos a ello. Y todavía, una vez lograda la intuición, ella no se prolonga ni da tiempo a detenidas meditaciones; es fugitiva luz de relámpago a cuyo fulgor no cabe discernir claramente detalles, planes y consecuencias.

Aun en éste, el mejor de los casos, surge antes que ninguna otra, la pregunta capital, obligada, ¿quién, o qué en nosotros es lo que percibe la intuición? ¿es nuestra inteligencia, o son nuestras imaginación y sensibilidad? ¿Y quién nos responde de que, al recordarla, esa intuición que hemos presenciado en un raptó de deslumbramiento y que ahora describimos es la misma que:

contemplamos en minutos en que se supone estaba abolida la razón.? La ausencia del intelecto en tan fundamental etapa del proceso psíquico deja al alma en un estado de pasividad e inercia, de verdadera abulia, que la priva de toda fuerza para aprehender la verdad y la entrega a los accidentes internos y exteriores que en un instante dado van a determinar el arrobo o visión. Sin el contrapeso de la razón y la experiencia, ese trance o embeleso no brinda garantía ninguna de veracidad, de fiel reproducción de lo real; los datos que nos suministre serán como las visiones que contemplamos en sueño, cual las alucinaciones que engendran los narcóticos y licores; serán las imágenes fugaces que en las selvas de la India asedian las mentes dormidas o extáticas de los anacoretas. Pueden esas intuiciones ser algo mucho peor: las delirantes pesadillas de un maníaco. Y ante la pura lógica, ausente la razón, no hay motivo para negar a esos mórbidos engendros el valor y autoridad que concedemos a las intuiciones de los legítimos filósofos.

Un óbice todavía más grave tiene la teoría que antepone la intuición a la inteligencia pura: es que con perseguirla se enerva y extingue el hábito del raciocinio, el amor al lógico encadenamiento de las ideas claras y precisas. Vuelto perezoso, el espíritu descuida paulatinamente el control de sus conceptos y actividades; la mente se convierte en un bazar de nociones inconexas y confusas.

Todos estos defectos, estas dudas e incertidumbres, causa de perplejidad, hacen que la intuición, fugacísima, y de cuya plena fe nunca puede nuestro espíritu estar cierto, no sea criterio adecuado para la apercepción y metodización de la verdad, para la firme y no arbitraria construcción de la ciencia. Por eso, ya un insigne maestro del pensamiento filosófico, estudiando *ex profeso* el misticismo en uno de sus cultores más conspicuos, escribía en palabras de toda lucidez y profundidad, esta condenación de toda doctrina anti-intelectualista, sean las de Plotino



o Bergson, sea la de nuestro autor. Decía Julio Simon (1):

« El yo mismo no se pierde, pues, jamás; lo que perece en el es-  
 « fuerza intentado por los místicos es lo universal. Ellos renun-  
 « cian a la razón; no hay en nosotros otro elemento universal.  
 « El principio a la vez común y particular, sentido por cada cual,  
 « confesado por todos, percibido por cada inteligencia con la sola  
 « condición de que sea una inteligencia y que ejercite su pensa-  
 « miento, este principio es evidentemente universal. Repudiadlo  
 « para llegar por la inspiración, por el amor y sin intermediarios  
 « a lo absoluto, este amor que escucháis solo, es una modifica-  
 « ción pasiva de vuestro ser, es el «affectus» sin fuerza intelectual,  
 « sin valor objetivo. Mientras así os entregáis a la inspiració  
 « y repudiáis toda prueba, no es ya sino a vosotros mismos a  
 « quienes escucháis; y toda esa presunta ciencia que debía ele-  
 « varse por encima de la razón, queda debajo. Es poesía, o mejor  
 « dicho, no es más que un sueño. Existen dos especies de místicos:  
 « nacen los unos con una disposición natural al entusiasmo, al  
 « puro amor; otros escogen, por así decirlo, a sangre fría, el mis-  
 « ticismo, llegan a él por razones científicas; demuestran racional-  
 « mente que la razón nada puede demostrar; y como tienen ho-  
 « rror a la duda, no aguardando nada de la ciencia, y resueltos  
 « a no prescindir de doctrina, se entregan a la inspiración...

«Unos y otros, cualquiera que sea su origen, dan el mismo es-  
 « pectáculo: su misticismo tiene dos caras. Primeramente lógico,  
 « se vuelve en seguida dogmático y descriptivo. La razón de  
 « ello es muy sencilla. El primer acto del místico es rechazar la  
 « razón y con ella la experiencia; el segundo es preferir al excep-  
 « ticismo creencias aceptadas sin pruebas y de las que no tiene  
 « otra garantía que la impresión que ellas producen en su espí-

---

(1) *Histoire de l'Ecole d'Alexandrie*. París 1845, tomo II, p. 558. Transcribo casi íntegra esta espléndida página de filosofía, en primer lugar, porque en Chile serán pocos quienes la conocen, y en seguida, porque ella abarca en toda su plenitud el problema del misticismo y sus varios aspectos. No podrá decirse que esta sentencia condenatoria carece de fundados considerandos...

« ritu y su corazón. Al principio él es, pues, puro amor; se siente  
« solevantado, arrebatado a un mundo nuevo; todos sus senti-  
« mientos están sobremanera exaltados, la inteligencia calla;  
« los principios de la razón, las necesidades de la vida, el espec-  
« táculo del mundo, todo se olvida... Sólo muy a su pesar y so-  
« portando una dura necesidad recurren al lenguaje... Sin em-  
« bargo, de súbito se hace el día en aquella noche, un maravilloso  
« orden se establece en aquel caos; a ese amor que desborda,  
« a esos pensamientos indistintos sucédeles una visión clara,  
« precisa, especie de doble vista a la que nada escapa. Enumeran,  
« describen todas las potencias de Dios, todos los órdenes de  
« espíritus invisibles, sus caracteres, funciones y jerarquía. Es  
« que no hay amor sin un objeto, real o supuesto, ni amor dura-  
« dero sin objeto determinado. Ese Dios incógnito hacia el cual  
« son primeramente arrastrados los místicos, se les hace más  
« familiar y accesible cuando han roto con la razón, porque se  
« sienten o se atribuyen el derecho de afirmar todo lo que sue-  
« ñan. La imaginación substituída a la ciencia y declarada infa-  
« lible en nombre de la sensibilidad, se crea a su sabor un mundo  
« de maravillas; mientras más se avanza por esta vía, más se  
« aleja uno de la razón y de lo verosímil y más aumenta la cre-  
« dulidad, porque a cada paso el amor y la imaginación cobran  
« bríos; y uno se encuentra al final lejos de la ciencia y la verdad,  
« confinado dentro de sí mismo sin medio alguno para salir de  
« sí, constreñido a tomar sus sentires y sueños por la verdad  
« absoluta, y condenado a no conocer ya más que al yo, por el  
« esfuerzo mismo que se ha hecho para lanzarse de un salto al  
« seno de Dios y desprenderse de las trabas de la conciencia y la  
« razón individuales».

¿Quiérese una condena todavía más reciente y categórica de estas doctrinas que inmolan a la inteligencia en el altar de la intuición? Pues aquí va a pronunciarla Mr. Edmond Goblot (1).

---

(1) Edmond Goblot.—*Traité de Logique*. París 1920, p. 20.

la más alta autoridad contemporánea en punto a lógica y clasificación de las ciencias. Escribe él: «No conocemos pensamiento que no sea discursivo. Una inteligencia que, no estando sometida, cual la nuestra, a la ley del tiempo, percibiese inmediatamente las consecuencias en los principios y que fuese puramente intuitiva, una inteligencia semejante no sólo es un ideal inaccesible para nosotros, no es sólo cosa enteramente desconocida para nosotros; es algo enteramente imposible, por cuanto contrario a la naturaleza esencial del razonamiento. No cabe percibir las consecuencias en los principios, porque no están contenidas en ellos. Razonar es construir».

Después de estos graves y penetrantes conceptos en que todo sistema que desconozca la primacía de la inteligencia y la razón está condenado para siempre en su psicología, moral y metafísica, todo comentario no haría sino debilitarlos sin añadir nada a su eficacia y elocuencia.

La endeblez e inexactitud de la filosofía que analizo pudiera hacer peligrar la resistencia de la construcción histórica que sustenta; demolida la tesis del señor Encina, quedaría, por el hecho, destruída la figura de Portales. Afortunadamente no es así; dicha tesis no es necesaria a la completa comprensión del egregio Ministro. Es que, según dije en anterior artículo, hay inconmensurable distancia entre una cosmología cualquiera—v. gr. la profesada por nuestro autor—y el menudo incidente de historia a que se la aplique. En frases de insuperable nitidez lo expresaba ya Brunetiere (1) hace años: «Entre los hechos cuyo encadenamiento o entrelazamiento constituye la trama de la historia, si existen relaciones con la existencia de «la cosa en sí», son lejanas, pero no hay solidaridad próxima; y la realidad de los sucesos que se han producido en el tiempo y el espacio, no depende humanamente de ninguna idea kantiana u otra que podamos tener acerca del espacio y del tiempo.». Es por eso que, a

---

(1) Ferd. Brunetiere.—*Discours de combat*. París 1918, tomo III, p. 196.

despecho del injerto intuitivo que le implanta el señor Encina, la persona de nuestro insigne compatriota nada pierde de sus realismos e historicidad.

Pero el problema es más hondo que el truismo que acabo de discutir: es el de saber hasta qué punto puede la intuición penetrar en el pasado histórico y restaurarlo, sin otros antecedentes, por su sola fuerza evocatoria. Afirma el señor Encina que el espíritu humano posee tal facultad; yo lo niego rotunda y categóricamente, con todo el peso ingente de la experiencia. No! jamás, ¡pero jamás! logrará la intuición por sí sola reconstituir un pasado irrevocablemente extinguido. Eso de remontar la corriente cósmica a sus fuentes originarias, ingeniosa figura retórica, es una manifiesta imposibilidad. Y digo *jamás*, porque no conoce, porque no puede la intuición conocer y abarcar los infinitos accidentes de toda especie, las mil fuerzas de toda índole, las múltiples modalidades de las mentes humanas en aquellos remotos tiempos, ni los millares de fenómenos geográficos, climatéricos y otros que actuaron sobre aquellas pretéritas generaciones. Ninguna intuición, por potente y sobrehumana que la finjamos—ni siquiera la del señor Encina—podría reunir y concertar en un solo haz esos innúmeros elementos y de ellos deducir la evolución de la pasada historia. No podrá nuestro autor intuir los nombres de las primeras tribus humanas ni los de sus jefes, no podrá indicarnos, ni su residencia ni sus movimientos e imponernos de sus relaciones y guerras con los demás pueblos; nada nos enseñará de sus costumbres y creencias religiosas. Miserablemente fallará su adivinación en la vana empresa; no podrá trazarnos ni un pálido esquema de las primitivas sociedades, si no tiene otros antecedentes de que partir. Esa intuición que puede captar—dicen—el torrente cósmico de la vida, nunca podrá resucitar para nosotros, ni en ínfimo detalle, la existencia de los míseros salvajes protohistóricos. Y con eso, queda juzgada la intuición, cuando pretende explicarnos y hacernos sentir la vibración en nosotros de la historia que fué.

¡Cuán diversa la actitud de la ciencia intelectual, racional! Cuando Cuvier y Broca fundan la paleontología y la anatomía zoológica, no aguardan que les baje del cielo una imprevista inspiración: estudian en el terreno los organismos vivientes, hacen su disección, separan tejidos, huesos, vísceras, clasifican, *comparan*, (ésta última, por excelencia, operación de la razón), y sólo después de multiplicadas experiencias y comprobaciones sientan las bases de la filosofía zoológica y la antropología. Cuando, más tarde, el portentoso y genial Jacques de Morgan emprende fundar la prehistoria del mundo oriental, tampoco se echa a esperar en musulmana inercia que alguna súbita revelación venga a iluminarlo. Va al terreno, estudia su geología y geografía, la distribución de sus ríos y montañas, constata los cambios de la corteza terrestre y del clima en aquellas regiones, se aprende ocho o diez lenguas arcaicas o indígenas, examina las supersticiones y costumbres de las pobladas ahí sobrevivientes; y entonces, únicamente, con todo aquel inmenso acervo de datos a la mano, los clasifica, ordena y compara, trazando ante nuestros ojos un cuadro de la evolución de los aborígenes del Asia Central. Todos estos sabios hacen suyo el dicho del otro: *ihypotheses non fingit!*, y desechando sueños e inconsistentes fantasías, se lanzan, armados de instrumentos y métodos, a la busca de la realidad, que es la verdad. Así procede el pensamiento moderno cuando aspira al título de ciencia y no a forjarse novelas o a complacerse en los caprichos de la fantasía; nada de adivinanzas intuitivas, hechos, correlaciones de hechos, severos raciocinios, y sobre todo ello, lógicas inducciones, inteligentes y razonadas.

Pero a ese pensamiento moderno, el señor Encina le desconoce todo mérito y le atribuye todo género de maleficios para el hombre y las sociedades; piadosamente nos pone en guardia contra sus incertidumbres, inutilidad y falacia. Le reconoce más valor cósmico y científico al amamantamiento de críos y cachorros que a las metafísicas de Leibniz y Aristóteles; y ya que no pueda expulsar del universo a la inteligencia, le infiere un ve-

jamen supremo, la coloca por debajo ¿de qué? no van Uds. a adivinarlo, pues, por debajo del instinto! (En qué consista este instinto, es lo que no veo definido en las columnas que estoy analizando). A tan simpática y halagüeña tesis consagra dos números de «La Nación» (2 y 30 de diciembre). ¡Y hay que ver la fraseología y el ardor que en ello se gasta! Aprendemos ahí que «de los que discurren con facilidad y brillo *sin dar en el clavo* decimos que son *talentos razonadores si se caracterizan por la lógica de sus discursos*». No lo expresaría más áticamente el divino Platón. Aprendemos ahí mismo que «el instinto, *no necesitando ejercitar el razonamiento*, deja atrofiarse las aptitudes dialécticas. Sin necesidad de deliberar, sabe donde debe *de ir*». Todos estos ataques contra la dialéctica son otras tantas anticipaciones de que el autor no piensa usarla en sus artículos. Por algo acaba de escribir, (columna I) que: «el que nació sin instinto, fatalmente muere sin él ¡*mientras más razone, más errará*!» ¡Estamos lucidos los que afanosamente compulsamos a Balmes y Stuart-Mill...!

El hecho es que, después de llenar siete columnas con estos aforismos de intuitiva sabiduría, el autor, aunque abomina de la dialéctica y protesta no emplearla, al terminar su tercer artículo, (Diciembre 2) nos declara imprevistamente que queda *sentado*, (menos mal que no lo da por *demostrado*), que la energía mental es única, por diversas que sean sus manifestaciones, que lo primario y fundamental es el instinto, (aun cuando ni una palabra diga del desarrollo de estas facultades), que intuición e inteligencia son modalidades ulteriores del fondo común y, por fin, que el orden de producción de esos fenómenos psíquicos, al revés de lo que hasta aquí creíamos, es, por orden de importancia: instinto, intuición, razón.

Sin embargo de asignar al instinto el demiúrgico papel que acabo de indicar, el señor Encina, que desde «Portales» acá ha reaccionado un poco, ya aquí no mantiene que «todo lo grande que hay en el mundo lo ha creado el instinto»; más mo-



destamente, asigna ese rol a la intuición. «Obra de la intuición y no del razonar han sido casi todos los grandes descubrimientos científicos», dice ahora. Si con este casi mejora, aunque no mucho, su situación, con él marca, a lo menos, un comienzo de enmienda.

A un pensador que abomina de la razón y que halla más importante para la comprensión de la vida—es el punto de mira estelar—la faena de la hormiga que la especulación de Spinoza o la metafísica de Kant, no cabe pedirle que justifique siquiera en ínfima medida estos insólitos y desconcertantes asertos. Son intuiciones, corazonadas suyas, y eso basta: ya tenemos un nuevo principio y criterio del conocimiento. Cuando leemos los ditirámicos términos en que el señor Encina celebra los milagros del instinto y esa excelsitud que se lo hace poner por encima de toda grandeza intelectual, cuando, procurando guardar compostura, leemos sus observaciones acerca de las mujeres analfabetas que adivinan a fondo el sentir ajeno y de los Descartes y Aristóteles que no dan con pie en bola para entender algo, porque la razón los ofusca y embrutece, involuntariamente acude al recuerdo el chiste de Voltaire que, ante las paradojas de Juan Jacobo sobre el hombre *naturalmente bueno*, sentía vivísimas tentaciones de echarse a correr a cuatro patas. Nosotros también, ante estas brillantes fantasías de nuestro autor, sentimos unos impulsos incontenibles de imitar a las abejas, de vivir la regalona vida de los zánganos en la colmena, de cerrar libros y no volver, ni por juego, a ojear una línea de estas columnas...

Pero ¡paciencia! el señor Encina aun no ha terminado. En lenguaje tan raro como las ideas que encarna, y como ellas contradictorio, introduce él un término nuevo que no define, (¡es su hábito, por lo visto!) pero del que se vale para diferenciar a Portales de sus contemporáneos». *Cerebralmente* más fuerte que ellos», dice. Este *cerebral* ¿a qué se refiere, al instinto, la intuición o la razón? ¿o a los tres a un tiempo? ¡Venga Edipo a declararlo! Y ya que con Bello compara a Portales, ¿de qué

índole fué la mentalidad de don Andrés, intuitiva, o razonadora o del puro y vulgar instinto que aplica el cachorro al pecho de la madre? ¿O fué, por ventura, un caso patológico el suyo, visto el desarrollo colosal de su razón? Porque no debemos olvidar que según el novísimo evangelio filosófico, «la razón aislada del instinto, según lo veremos otro día, constituye un caso patológico». Así quedan juzgados todos nuestros historiadores, nombrados *verbatim* por el señor Encina, y Kant, Hegel, Descartes, y cuanto otro metafísico ande por ahí. Esto es más trágico y espeluznante que un drama shakesperiano.

No hay duda para mí de que en el fondo de nuestro autor alienta un poeta: ¡tales son de grandiosas estas concepciones y de esplendentes sus figuras y símiles! Empieza la tercera columna de su artículo, hablando del valor enorme que para la comprensión de la vida ofrece el que un cachorro se amamante, fenómeno más transcendental en la vida del Cosmos que haber descubierto la ley suprema que rige a éste y que anda en vías de ser enterrada junto con los principios de causalidad y contradicción. ¡Miren y admiren Uds. cuánta imaginación se requiere para anudar esas dos cosas! Lo dicho: lirismo *au premier chef*! No importa que madres y cachorros hayan muerto, como todos hemos de morir, incluso este globo, incluso éste y demás sistemas solares: el señor Encina ha establecido su parangón, ha pesado las cosas eternas en los platillos de su balanza y ha encontrado débil el de la inteligencia. Pero, ¿no hubo un cierto Pascal que dentro de la perspectiva lúgubre de la muerte hallaba motivo de engrandecimiento en su condición y que, por cierto se hubiera preferido, ¡pero infinitamente! a una criatura aferrada al pecho materno? Si mal no recuerdo, él decía: «Toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento; de ahí es de donde debemos levantarnos, y no del espacio y la duración... Trabajemos, pues, en pensar bien; he ahí el principio de la moral».

En manos del señor Encina nos sentimos arrojados del uno al otro extremo del tiempo y del espacio, de una cuestión a otro.

problema, en compañía de César y Kant y don Manuel Montt, y ¿de quién más? ¡ah, sí! de Barros Arana y del Mommsen de *las cartillas históricas* (1). En esta aeronavegación espiritual, no exenta de riesgos, falta el tiempo aun para respirar. En sus veloces incursiones por tan diversos terrenos, el autor avanza a cada instante un nuevo aserto o promulga algún canon de novísima historia o biología que necesitaría siquiera discutirse; pero este vuelo vertiginoso no da un minuto de descanso. Por

(1) Otra víctima de las manos sin misericordia del señor Encina el ilustre historiógrafo germano. No es la primera vez en que nuestro autor manifiesta su desprecio infinito por él. A todo esto, ¿qué son las decantadas *cartillas*? Voy a decirlo. Son, además de una colosal «Historia Romana», obra maestra de sólida erudición y gloria de la historiografía moderna, son, digo, *ca'torce* gruesos volúmenes de la más amplia y completa, de la más profunda ciencia, la más variada y metódica, en que el autor agota los recursos todos de un saber inmenso para presentarnos el más absoluto y detallado cuadro de la civilización romana que hoy día exista en el mundo, obra de un insuperable jurista, a la vez que de un consumado filólogo, de un arqueólogo y epigrafista, sin par, obras no de intuición, de firme y severa inteligencia. Esas *cartillas* son, además, cinco monstruosos infolios del *Corpus Inscriptionum latinarum*, cuya sola edición es honra, no digamos para una individuo, para el país que lo publicó, fuente inexhausta de saber pleno y preciso, de sabias reconstituciones de textos, y luminosas conjeturas que iluminan la historia latina en sus más recónditas páginas. A eso llama *cartillas* el señor Encina. ¡Todo es cuestión de definir! Y es justo que el relativismo tenga su vocabulario especial en que se califique de silabarios a lo que en el resto del mundo civilizado llaman portentosa construcción histórica, jurídica, científica y filológica. Por supuesto, que esta obra de Mommsen nada tiene que ver con sus aberraciones políticas y sus delirios patrioteros. Esto es sin contar con que su Historia Romana, fué escrita hace 80 años casi (1853) y que a nadie se le ocurre hoy ir a buscar ahí la última palabra acerca del pueblo rey y acerca de Julio César. Varias y grandiosas obras publicadas, desde entonces hacen más precisa y exacta aquella historia, más completa y penetrante, más genial, por consiguiente, la figura de Julio César. En este trabajo, para juzgar al insigne estadista se ha tenido en vista las dos obras monumentales de Heitland y Holmes, publicadas en 1923 con el mismo título «The roman republic», cada una en tres gruesos volúmenes. No hay, pues, aquí la superstición mommseniana.

ejemplo, en la columna III (Diciembre 2), el autor nos muestra «en el pasado lejano al hombre gobernado casi exclusivamente por el instinto». Ahora bien, si algo puede pugnar con la realidad de aquellos tiempos es esta aseveración. Porque ya desde su primera hora de existir, en posesión de su inteligencia, el hombre la ejercitó en todas sus formas, como recuerdo y previsión, como experiencia y raciocinio, como capacidad inventiva. Sin todas estas operaciones y modalidades de su intelecto, la estirpe humana hubiera perecido entre las garras de los demás animales, más reciamente armados que él. Para poder vivir y durar necesitó desplegar condiciones de habilidad e iniciativas muy superiores a las de aquellos cachorros que son el prodigio de la vida cósmica. Esos seres instintivos de la prehistoria, *descubrieron*—óigase lo bien—*descubrieron*, ¡suprema de las funciones intelectuales! el fuego, y lo conservaron. ¿Alguna vez hicieron tal los termitas y abejas? Esos primeros hombres, todos instinto, preocupados de las estaciones, observadores de los climas, experimentados en los varios cultivos, plantaron, sembraron, cosecharon. Y de nuevo, ¿alguna vez hicieron tal aquellos sublimes animales que tienen la virtud de aventajar al hombre en cuanto irracionales e instintivos? Esos primeros humanos se fabricaron chozas, utensilios domésticos, instrumentos agrícolas, y de caza y de pesca; y ¡colmo de lo increíble en un impulsivo salvaje! tuvieron hasta sus vislumbres de arte: el señor Encina ha visto en sus libros los toscos dibujos con que tapizaron la piedra de sus cavernas los primogénitos del lodo paradisiaco. ¿Siempre instinto adocenado, instinto sin aurora alguna de inteligencia? Y esas mismas creaturas de mero instinto, ¿no crearon también la prodigiosa maravilla del lenguaje, en el que si no se encuentra la manifestación soberana de la inteligencia, será porque ésta no existe en parte alguna? ¿Se dirá que instintivamente se constituyen las sintaxis, se elabora la fonética y, por último, se agrupan en creciente, formidable marea, los vocablos que van acompañando a las ideas y sensaciones, y envolviendo como en mágica

tela de indefinido ensanche al pensamiento humano? ¿O se preferirá decirnos que aquellos salvajes lo imitaron de alondras y papagayos? Admitiendo todo esto como obra del instinto, fuerza es reconocer que hubo, por lo menos, uno que ignoraron las demás familias zoológicas: el de inhumar a sus muertos; con él nació a la vida el impulso religioso, que atiende a algo más que los ojos y las manos, y que alienta en el hombre desde el día inicial de la humanidad. Hubo, pues, reflexión, memoria, esperanzas, temores, y todo un complejo de fenómenos intelectuales como jamás se albergó en el cerebro inmutable del castor o la hormiga. Insuficientes, pobres substitutos de aquellas magníficas potencias e iniciativas resultan ser así la intuición y el instinto. No vale la pena continuar discutiéndolos. Soplemos ya sobre ellos como sobre vanos fantasmas, y gritémosles con el poeta: *¡«desipere est!»*

Definitivamente hay que terminar. Después de los amplios comentarios que anteceden, cumple volver al «*Portales*» del señor Encina, para cerrar la demostración regresando al punto de partida.

Nuestro autor ha escrito su enorme libro para mostrarnos en memorable ejemplo lo que puede la intuición aplicada a la historia. Merced a su don intuitivo imagina él haber penetrado hasta el fondo en el espíritu del gran Ministro y explicado totalmente el misterio de su poderosa personalidad. Recuerda al efecto la profunda y abrumadora impresión que a Portales produjera la muerte de su esposa, y por sólo este hecho pretende justificar todas sus ulteriores actitudes. ¡Engañosa y deficiente prueba, raciocinio falaz! Porque desde Adán acá—y aun cuando las mujeres no lo crean—son millares, son millones los maridos inconsolables por la desaparición de una esposa idolatrada, pero en quienes no se ha producido, sin embargo, la reacción psicológica descubierta en Portales por el señor Encina. Son también numerosos los estadistas que lo fueron en dilatado y dichoso matrimonio, sin la dura prueba de la viudez. La misma causa debiera haber producido en todos los casos idéntico efecto, y contarse por multitudes los Portales. Si así no ocurre, y si el magno es-

tadista queda solitario y único en nuestra historia, está claro que la intuición le ha jugado una mala pasada a nuestro autor, que no reside en ella la verdadera causa del fenómeno en estudio, y que correspondería buscar por otros caminos que el de un pesar amoroso la clave de la personalidad portaliana. No es verdadera causa la que se aplica a casos tan distintos. Por lo demás, el problema está mal propuesto. ¿Por qué el señor Encina piensa así de Portales? Nos lo dice en «La Nación» de Noviembre 18 (col. II). Hasta que perdió a su mujer fué marido modelo y severo en su vida privada... Sin este suceso eventual, su vida habría sido otra». Doble aserto, sin más base que la palabra del historiador. ¿Cómo sabe él estas cosas, de qué antecedentes parte para afirmarlo? De ninguno; porque estos asuntos domésticos, de alcoba, aun los contemporáneos suelen ignorarlos. Y en cuanto a la segunda aseveración, nos desconcierta y abrumba por la fuerza imperturbable con que se la propone. ¿Qué sabe, qué le era dable conjeturar, siquiera, al señor Encina de lo que pudo ser Portales sin su prematura viudez? Pues lo mismo que cualquiera de nosotros, nada, absolutamente nada. Es, entonces, un reto al buen juicio de los lectores dogmatizar al respecto como lo hace el autor. Nadie, pero nadie en el mundo puede anticipar, ni con infinitesimal apariencia de plausibilidad aquel futuro del pasado, por lo demás tan vagamente descrito: ¡su vida hubiera sido otra! ¿La de un Loyola, acaso, o la de un Napoleón, o quizás la de un Cartouche? ¡Vaya Ud. a adivinarlo!

Si, como resulta notorio, este ejemplo no abona la tesis del señor Encina, menos aún lo consigue otro caso que recuerda en su respuesta y en que la protagonista es una pariente del prócer Carrera. Conste que este ejemplo está sucinta y obscuramente expuesto, que el autor no explica en forma neta en qué consistió su intuición ni cómo comprobó su verdad. Conste, en particular, que el autor confiesa haberse equivocado en esa intuición, y si esto le ocurre a él a pesar de su estupendo don intuitivo ¿qué no le pasará al común de los mortales? y conste, por último, que ahí se guarda de indicar quién o qué lo sacó de error: ¡fué



otra intuición o la inteligencia razonante? Sea de ello lo que fuere, ¿cómo demostrar que no había otra explicación posible que la propuesta por él? En cambio, cualquier lector puede forjarse una docena de soluciones más o menos verosímiles; ¿por qué habría de ser la fehaciente y verdadera, esta sospecha, malicia o corazonada del señor Encina? ¿cuál es el sello inequívoco, indeleble que le imprime el carácter de inconcusa verdad? Una persona es callada, locuaz, sumisa, rebelde o soberbia por cien diversas causas; ¿por qué han de ser heredadas y no originarias en ella dichas cualidades u otras por el estilo? ¿qué obsta a que el curso de la vida, sus infinitos cambios le hayan moldeado en esa forma el carácter? ¿Con cuál motivo o derecho puede presumir el señor Encina que en el caso en examen no hubo esos otros antecedentes, y que sólo influyó la sangre tumultuosa y revolucionaria del egregio caudillo chileno? ¿Quién le indicará a la razón que éste es un carácter primario y el otro uno de atavismo, como si para que en el mundo existan rebeldía, mutismo, terquedad y orgullo no se necesitara que alguien, alguna vez, los haya sentido, incubado y vertido en el mundo de las pasiones? Y, por último, ¿hasta cuándo habrán de acogerse como evangelio estas teorías que tanto se asemejan a las que en tiempos de Molière justificaban las propiedades hipnóticas del opio... por sus cualidades dormitivas?...

... Volvamos, de una vez por todas, a la severa, sana razón, a la razón democrática en que todos tenemos parte, que es patrimonio de todos, de la que todos podemos juzgar, que todos podemos controlar y que sobre todos nosotros ejercita por igual su imperio. Sea nuestro lema la palabra luminosa del supremo historiador de la antigüedad: «*Nous basileus*». Intelecto—Rey, escribía Tucídides, colocando a la inteligencia en la cumbre de la jerarquía espiritual. Y agrego yo, al concluir: ¡que por siempre ella presida a las actividades de nuestro espíritu!

Enero 10 de 1935.